MARÍA TERESA GIL GARCÍA
Universidad Complutense de Madrid e IULMyT

Breve lección de historia en la traducción de los adjetivos

La experiencia de traducir es probablemente un arte que caracteriza la facilidad de algunos bien dotados para la tarea de ir contextualizando significados, organizando estructuras lingüísticas y matizando las chispas dialécticas que suelen desprenderse del encuentro de nociones importadas a nuevas circunstancias.

Y sin embargo, como asunto del lenguaje, una traducción invita también a una reflexión teórica sobre el material que maneja, ya sea en sincronía, en el preciso momento de poner en relación de casi paridad dos sistemas lingüísticos, y en diacronía, pues la lengua es otro signo más de la expresión de la cultura del pueblo que la habla[1]. Cómo han pensado, cómo piensan o incluso cómo van a pensar los hablantes de un determinado idioma que facilita de manera precisa y definida el intercambio de información, poniendo las pautas de un comportamiento sancionado en la historia, es algo que los traductores conocen. Estos gestores de intercambio entre dos culturas dan respuesta práctica, callada y silenciosa unas veces, a cuestiones que imperceptiblemente surgen a diario, con la espontaneidad y naturalidad de los asuntos muy familiares; otras, en cambio, sus memorias, sus breviarios, sus libros de confesiones[2] sacan a la luz estos esfuerzos propios de un oficio de mineros casi, que extraerían la materia prima de las palabras, y utilizo la metáfora con que el traductor de Lobo Antunes al francés define su delicada tarea[3].

Lo que sí está claro es que ciertos mecanismos de reflexión se activan en el momento de trasladar una lengua a otra. Y todos los que nos interesamos por estos menesteres en un sentido u otro sabemos que las soluciones de cada problema dependen tanto de la habilidad

[1] Los estudios teóricos sobre traducción no enseñan a traducir, asunto que tiene un trasfondo ciertamente complicado y misterioso, pero son una excelente ayuda a la reflexión sobre la tarea ya que la práctica suele haber inspirado los mejores tratados del tema. Y constantemente nos lo recuerda la historia de la disciplina: teorías traductológicas se han sucedido en el tiempo con la mejor de las intenciones que ha sido precisamente la de la búsqueda de la traducción excelente. Pero lo que se tiene que saber es tanto que cualquier intento es deudor del multiperspectivismo de las ciencias que tienen por objeto la comunicación, en un marco tan amplio como el de nuestra cultura. A falta de una casi imposible teoría de la traducción integradora, lo que contamos es en cambio con estudios teóricos que iluminan los puntos conflictivos, tanto en la perspectiva de la práctica efectiva cuanto en el carácter metodológico que se pretende aplicar. Y el valor de estas aportaciones se debe medir por su rendimiento habida cuenta de que en los grandes asuntos basta con haberlos encauzado. Así de entre los muchos estudios que recientemente se han publicado podría citar a Umberto Eco, *Dire quasi la stessa cosa. Esperienze di traduzione*. Milano: Bompiani, 2003; Susan Basnett, *Translation studies*. Londres-Nueva York: Routledge, 2002; Georg Steiner, *After Babel: Aspects of Language and Translation*, Oxford University Press, 1998. Y un excelente trabajo en español sobre teorías traductológicas contemporáneas de Virgilio Moya, *La selva de la traducción*. Madrid: Cátedra, 2004.

[2] Anotaré dos textos extraordinarios: Albert Bensoussan, *J'avoue que j'ai trahi*. Paris: Editions l'Harmattan, 2005, a quien tuvimos la ocasión de escuchar en el primer día de estas jornadas; y Gregory Rabassa, *If This Be Treason*. New York: W.W. Norton & Co. Ltd., 2005.

[3] Carlos Batista, *Bréviaire d'un traducteur*. Paris: Arléa, 2003, pp. 9.

Traducción y Multiculturalidad. GIL GARCÍA, María Teresa. Breve lección de histo...
Centro Virtual Cervantes

casi poética y por ello fascinante y de la maestría de quien traduce, cuanto de su conocimiento de las dos lenguas en contacto, asunto más mecánico, si se quiere, pero no exento de cierta gracia.

Y apoyándome en estas premisas, trataré de exponer mi tesis: cuán difícil es traducir los adjetivos, pues como palabras "inteligentes" son la opción más brillante, comprometedora y definitoria del modo de ver la realidad por parte del emisor, y estando así las cosas, del modo de ser de una lengua, pues la lengua está viva sólo en el uso de sus hablantes. Un modo de transmitir inmediatamente lo que se percibe por los sentidos o se siente en el corazón.

Los adjetivos, como palabras comprometidas con la realidad objetiva, con el nombre a que se aplican lo son también por derecho y por obligación pues comparten con otras clases flexivas, los determinantes y cuantificadores, la obligación de la concordancia. De este principio general el italiano y el español dan buena cuenta. Tanta que la cercanía estructural de ambas lenguas, dos lenguas siempre vistas muy afines, ha impedido que se tenga en cuenta como otro campo interesante de análisis el estudio contrastivo del aspecto léxico[4]. Hay mucho escrito sobre la fonética, la morfología y la sintaxis, pero poco sobre lo evidente, las palabras y sus significados. Y esto a pesar del carácter primitivo y elemental que los signos lingüísticos portadores de significación poseen en la conciencia de los hablantes. Quizá se debería empezar por lo evidente y a lo mejor no iban muy desencaminados los primeros estudiosos de lenguas extranjeras, lexicógrafos ellos y modernísimos lingüistas *avant la lettre* para quienes saber un idioma extranjero era simplemente conocer y utilizar las palabras que representaban el mundo extraño[5]: Esta inmediatez funcional no fue sólo una feliz intuición de quienes vivían entre dos lenguas, sino que más tarde supuso toda una revolución en los asuntos del lenguaje, y fue especialmente valorada, por ejemplo, en las teorías de Peirce, el fundador de la semiótica, considerando la palabra como signo prima-

[4] Comparar, contrastar el funcionamiento de las lenguas es tarea de la gramática contrastiva, que esencialmente se basa en la confrontación de unidades estructurales para hacer patentes sus divergencias *formales*; pero sería limitado enjuiciar las diferencias entre dos sistemas lingüísticos atendiendo sólo a este nivel, pues no todo en la lengua pertenece a lo que llamaríamos un plano *formal*. Existen además convenciones estilísticas que suelen tener poco en común de una lengua a otra porque son culturalmente específicas y no pueden transferirse sin más de una cultura lingüística a otra. Y además hay que advertir que, en este asunto del *estilo*, también tiene mucho que ver la organización léxico-semántica, las palabras, allí donde se vierte el contenido nocional de un idioma, pues es importantísimo referente explícito y transmisor de toda la cultura encerrada en estos símbolos: si no hay realidad que transmitir seguro que falta la palabra que la contiene. El análisis contrastivo de las particularidades culturales en lo que se refiere al uso de las estructuras lingüísticas suele ser un instrumento destinado a advertir a los alumnos de traducción de las diferencias en el habla, más allá de las propias diferencias estructurales de las lenguas. Como texto de obligada referencia que analiza desde los presupuestos de la lingüística contrastiva nuestras dos lenguas, el italiano y el español, atendiendo además a fenómenos de interferencia presentes siempre entre dos sistemas en contacto cito a S. Schmid, *L'italiano degli spagnoli. Interlingue di immigrati nella Svizzera tedesca*. Milano: Franco Angeli, 1994. Pero hay muchas menos referencias, y más fragmentadas, de las diferencias culturales y sus implicaciones lingüísticas: han sido quizá estudiosos de campos afines a la filología los que con interés histórico, etnográfico, folclórico se han ocupado de estos asuntos, así por ejemplo es de grata lectura el texto de Julio Caro Baroja, *Fragmentos italianos*. Madrid: Istmo, 1992.

[5] Los primeros diccionarios bilingües editados en los siglos XVI y XVII eran concebidos como un producto didáctico organizado de manera que el usuario llegara a comprender la lengua que aspiraba a conocer para moverse con soltura en una lengua que no era la suya. Y en estos textos encontramos abundante material procedente de apéndices léxicos organizados a la manera de glosarios terminológicos que solían acompañar traducciones, reediciones o gramáticas de obras exitosas. Así de esta manera, comprender lo escrito y aprender palabras eran sinónimos de aprendizaje de lengua extranjera: pensaban nuestros antepasados lexicógrafos que una lengua se sabía sólo si se conocían todas sus palabras. Teresa Gil García, "El contenido de los diccionario bilingües de los siglos XVI y XVII", en *Hacia la unidad en la diversidad: Difusión de las lenguas europeas*. Diputación de Salamanca, 2002, pp.172-182.

Traducción y Multiculturalidad. GIL GARCÍA, María Teresa. Breve lección de histo...
Centro Virtual Cervantes

rio[6], con una conclusión tan esperanzadora como que el arte de razonar es el arte de ordenar tales símbolos.

A pesar de tales disposiciones, el léxico sigue siendo el aspecto más olvidado cuando se trata de desentrañar la distancia que separa las lenguas: suele estudiarse en lingüística contrastiva al tratar los modelos teóricos que se aplican a la adquisición, como un importante valor del funcionamiento del principio de creatividad en los hablantes, esto es interpretar las estrategias teóricas y prácticas encaminadas a adueñarse de otro código lingüístico. Aunque es más interesante para nuestros fines otro sesgo que valora la organización sistemática del léxico, y éste es analizar cómo el reconocimiento y utilización de una palabra implica la memorización de tres tipos de información: la forma fonológica, el significado y la distribución en el contexto. Pero esto es todavía insuficiente para la traducción.

La distancia que existe entre dos lenguas no puede ser medida sólo en términos de análisis en sincronía. La sincronía deja en evidencia muchas otras cosas que hay que saber para traducir, para interpretar otro código lingüístico. Aunque no sea fácil de definir, de explicar, porque no son asuntos sometidos a reglas ni a juicios sistemáticos, nos queda por tratar todos aquellos aspectos del uso del léxico de una lengua que van ligados al significado y al sentido en su dimensión histórica, puesto que producen efectos particulares, como pueden ser la aceptación y valoración de términos y matices, sustantivos y adjetivos, de acuerdo con normas de conducta, ligadas a una visión del mundo particular, consciente o no, pero siempre definitoria de las relaciones entre los individuos de una comunidad.

Precisamente en el uso de la lengua puede evaluarse lo convencional de las pautas de civilización, lo diferente que se muestran en unos lugares u otros; la sensibilidad con que los usuarios privilegian unas conductas y no otras; la facilidad con que éstas se propagan a fin de cuentas por ser comúnmente aceptadas, ya que el proyecto de civilización común implica una visión acogedora de las relaciones interpersonales, en las que se olvidan siempre y pronto obligaciones y deberes impuestos[7].

Así que el tema que vamos a tratar se centra en el carácter cultural del uso de adjetivos calificativos pues son reflejo de unos modos históricos de comportamiento ligados a la sociedad que los exige, los fomenta y los consolida en prácticas ciudadanas. Y como si fuera reversible, estos gestos lingüísticos van a modificar también la conducta de los usuarios, sirviéndoles de pautas a sus juicios, a sus sentimientos, a la opinión que sólo se forja a través de la lengua del mundo que le toca vivir. A nadie le resultará extraño entonces que la afinidad lingüística entre dos idiomas nacionales no sea tanta cuando la historia es tan dispar: el mundo tiene el color que le imponen los usos sociales, para los cuales el lenguaje es instrumento privilegiado[8]. Y quizá sea también el campo de la comparación entre dos len-

---

[6] Aquí ofrecemos un enlace con el famoso artículo de Charles S. Peirce "¿Qué es un signo?" en la traducción de Uxía Rivas (1999): http://www.unav.es/gep/Signo.html. Todas las páginas web citadas están activas en el mes de noviembre de 2005.

[7] La filosofía se ha ocupado desde el principio del lenguaje y de la importancia que tiene éste en la vida de los hombres: el origen y la estrecha relación con el pensamiento son cuestiones que siempre han estado presentes en la historia del pensamiento filosófico. Muy cerca de nosotros, en la segunda mitad del siglo XX, Wittgenstein, en sus *Investigaciones filosóficas*, defendía precisamente que hablar una lengua consiste en participar activamente en una serie de formas de vida que existen gracias al uso del lenguaje. Resalta así el filósofo la importancia del uso público del lenguaje para la construcción del significado, pues no existe significado fuera del uso verbal público, cotidiano y ordinario.

[8] En esta línea de trabajo, la etnolingüística se ocupa de explicar las relaciones entre la lengua y la sociedad, entre escritura y oralidad, subrayando tanto las condiciones culturales de las prácticas lingüísticas como las estrategias desarrolladas en el proceso de construcción de textos, lo que sería analizar simultáneamente las relaciones entre el lenguaje y la sociedad y la lengua y la cultura. Damos también una referencia electrónica sobre el tema a través de una sintética y clara exposición sobre los principios de esta disciplina preparada por José Antonio Díaz Rojo, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Valencia, España, con el título: *Lengua, cosmovisión y mentali-*

Traducción y Multiculturalidad. GIL GARCÍA, María Teresa. Breve lección de histo...
Centro Virtual Cervantes

guas el que mejor defina, al subrayar lo que no es tan evidente, aquello que caracteriza imperceptiblemente la propia esencia. La traducción es también una buena excusa para que hablemos de esto[9].

Podemos pensar que existe cierta conexión entre datos lingüísticos y datos extralingüísticos, si demostramos razonablemente una relación entre algunas formas lingüísticas vigentes diacrónicamente y categorías conceptuales constantes o recurrentes dentro de una determinada muestra de civilización, pues la pervivencia en el tiempo de actitudes y valores sociales dejan una huella que se rastrea en el tiempo histórico de la lengua. Y en el caso de los adjetivos es más lógico que así sea, puesto que por su carácter valorativo, son sensibles a la expresión de principios éticos, estéticos, morales que se dan en la vida cotidiana, para seguirlos, practicarlos o rechazarlos, aunque en todo caso son el medio ideal de desarrollo íntegro del individuo.

Así que podríamos fijarnos en los primeros textos en que en ambas lenguas, la italiana y la española definen dónde, cómo y por qué se hablan, puesto que si son diferentes, si hay una frontera lingüística bien trazada que las separa, seguramente es porque hay además un motivo encerrado en cada una de las palabras del idioma que sólo puede captarse desentrañando el sentido que encierran. Y el sentido se define en el marco cultural del que la lengua es siempre vehículo de intercambio comunicativo.

Asumiendo la realidad, podemos partir de uno de los primeros momentos en que en uno y otro lugar del Mediterráneo se empieza a hablar de civilización común.

La italianidad no ha podido ser mejor expresada nunca con tanta rotundidad y modernidad como a través de una frase que es modelo de asertividad, pues contiene la mejor y más breve afirmación absoluta de una lengua ligada para siempre a algo tan bello como el país donde se habla,

> (il) bel paese là dove il sì suona[10]

¿Acaso no puede ser este el genio italiano?

Y en cambio nuestro sencillo monje de Berceo, casi por la misma época, resaltaba la capacidad de nuestra lengua castellana para comunicar sin más pretensiones que las de favorecer el buen entendimiento y la buena voluntad, frente a otros idiomas más complejos el árabe y el hebreo, que también debían de oírse en el solar patrio. Así quizá cierta bondad escondida podría caracterizar la nuestra:

> Quiero fer una prosa en roman paladino
> en cual suele fablar el pueblo a su vecino,

---

dad nacional. Aquí se analizan de manera muy clara y concisa conceptos generales que interesa conocer: http://www.um.es/tonosdigital/znum7/estudios/clengua.html.

[9] Lo difícil en una traducción quizá sea evitar incomprensiones o malentendidos que surgen no por desconocer la lengua, sino por no tener los suficientes recursos como para anclar o contextualizar la información recibida. El ejemplo más emblemático es la traducción del humor que aparece en periódicos satíricos o en programas de televisión que ironizan sobre comportamientos generales o particulares en la sociedad. Para salvar el obstáculo no se necesitan sólo los instrumentos al uso, el diccionario o la gramática; hay un nivel imprescindible de conocimientos culturales que se debe poseer para interpretar y valorar de manera justa la información. Y en dos lenguas muy afines, como la española o la italiana no basta sólo con tener en cuenta los falsos amigos léxicos, sino estos pequeños matices, valores de sentido, que resultan de determinados contextos. La comunicación intercultural puede resultar una parcela de estudio muy interesante, pues permitiría descubrir "los conjuntos de normas de interpretación en que se basan las presuposiciones, los actos indirectos del habla o las implicaturas en cada cultura". En Helena Casalmiglia Blancafort y Amparo Tusón Valls, *Las cosas del decir*. Barcelona: Ariel Lingüística, 1999, pp. 211.

[10] Esta frase famosa, aparece en el Infierno de Dante, Canto XXXIII, v. 80.

Traducción y Multiculturalidad. GIL GARCÍA, María Teresa. Breve lección de histo...
Centro Virtual Cervantes

ca no son tan letrado de fer otro latino
bien valdra como creo un vaso de bon vino[11].

¿Será este el genio hispánico?

Así que una cultura donde uno u otro sentimiento, belleza o bondad, sean mejor apreciados, recurrirá a un repertorio de adjetivos que demuestren esta actitud valorativa particular. Pero la modificación expresiva de la realidad se infiere no sólo a través del contenido nocional de dichos adjetivos, y sus correspondientes sufijaciones apreciativas o incluso los grados intensificadores en que puedan encontrarse, sino que la función semántica que los hablantes atribuyen a esta clase de palabras la corrobora también la posición asignada en los sintagmas donde aparecen. Semántica y sintaxis van estrechamente ligadas y su relación es además otro asunto que varía de una lengua a otra[12], pues existiendo los adjetivos calificativos como categoría en español y en italiano, la preferencia es debida a particularidades culturales propias. Es posible que a través de la traducción, por la obligada comparación entre las lenguas, se llegue mejor a entender la naturaleza compleja del idioma que hablamos.

En Italia donde el término *bello* va ligado casi intuitivamente al significado de placer, como recuerda el dicho popular "non è bello ciò che è bello, ma è bello ciò che piace", el sentido nocional de este adjetivo parece depender de factores subjetivos, de lo más humano, empleándose para matizar las cosas: o gustadas por el hombre o creadas generosamente por él a tal fin. Y así, por ejemplo, aparece acompañando a un sustantivo en sintagmas tan separados cronológicamente como "il bel morir tutta la vita onora" (el buen morir la vida entera honra) de Petrarca o "fare la bella vita" (darse a la buena vida) un *carpe diem* muy difundido en nuestra época[13]. En cambio, como vemos en español, esta manifestación de la excelencia benéfica la traduce un término con connotaciones morales, *bueno*.

---

[11] Segunda cuaderna de la Vida de Santo Domingo de Silos de Gonzalo de Berceo, que todo estudioso de Historia de la lengua española conoce de memoria. La interpretación de una España de tres culturas nos vienen de la mano del gran hispanista Américo Castro, nunca suficientemente reconocido:
http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/12593060880149397421846/p0000001.htm#1.
Y los grandes clásicos, como dice un especialista también en literatura italiana, nuestro académico Francisco Rico, se pueden leer como un desfile de la historia: "¿un reflejo del modo de ser de un pueblo, o un pueblo que en su vida imita a la literatura?" en Francisco Rico, *Los discursos del gusto: Notas sobre clásicos y contemporáneos*. Barcelona: Destino, 2003, pp. 67-69.

[12] Se han elaborado infinidad de clasificaciones de adjetivos calificativos, basadas en criterios sintácticos, semánticos, o en la combinación de ambos; aunque por muy detalladas que sean estas elaboraciones sabemos que no todas las lenguas poseen los mismos tipos de conceptos, con lo cual no son subclases universales aplicables por doquier. Nos basamos en el estudio de Violeta Demonte sobre el adjetivo: "El adjetivo: clases y usos. La posición del adjetivo en el sintagma nominal", en el primer volumen de la *Gramática descriptiva de la Lengua Española: Sintaxis básica de las clases de palabras*. Madrid: Espasa Calpe, 1999, pp. 129-215.

En cuanto a los factores semánticos también éstos determinan la posición del adjetivo respecto al nombre, advirtiendo que estos factores no sólo se identifican con los del propio adjetivo sino con aquellos que el hablante le ofrece en un determinado contexto. Más aún, la colocación del adjetivo en un preciso lugar respecto al sustantivo depende de valores culturales: por ejemplo, en Italia donde la belleza es un cualidad especialmente apreciada los adjetivos de rasgos positivos suelen preceder al nombre, como si se quisiera identificar a éste con su esencia; y aquellos que expresan una modificación negativa debe seguirle, a no ser que se pretenda adoptar con ello un tono irónico también aceptable. Cfr. *La Grande Grammatica italiana di consultazione: v. I, La frase, I sintagmi nominale e preposizionale*. Bologna: Il Mulino, 1988, pp. 425-443.

[13] Sobre la infinidad de construcciones en que aparece el adjetivo *bello* en italiano, el origen histórico y su aceptación posterior debemos remitirnos a la monumental obra *in fieri* del LEI. Y de la amplitud de su uso nos dan cuenta los 3.120.000 páginas en la web italiana: la primera, *comunicare è bello*. *Bello*, en español, en cambio, un millón menos, 2.020.000: y las primeras van dedicadas a nuestro lingüista Andrés Bello. Al *bueno* castellano van destinadas 8.290.000 páginas; y en lugar destacado, otro lema: *compartir es bueno*. Sólo encontramos, sin embargo, 2.460.00 *buono* en la red italiana.

Traducción y Multiculturalidad. GIL GARCÍA, María Teresa. Breve lección de histo...
Centro Virtual Cervantes

En realidad, en italiano se puede rastrear una cierta relación entre ambos conceptos. Si nos atenemos a la etimología, el adjetivo *bellus* como derivado de *bonus*, le está semánticamente cercano: *bellus* era lo atractivo aplicado a cualidades exteriores, lo simpático y querido, y por tanto en su implicación moral *bonus*. Para la expresión de la belleza existía también el más clásico *pulcher*, pero por el hecho de no haber dejado huella en los vulgares románicos deducimos que sería un término considerado convencional y excesivamente retórico, poco apto a la expresión comprometida que tal noción exige en el habla coloquial, así que fue sustituido por un término más evidente en las áreas laterales de la Romania, *formosus*, 'lleno de buenas formas'. Y así hermoso era la cualidad que por ejemplo tenían las protaganistas de nuestra lírica medieval castellana, *moças fermosas*[14].

La fortuna de *bellus* en Italia va ligada además de a una precisa distribución geolingüística de la que participa el francés, a notas culturales que se rastrean en el país. Y puesto que el adjetivo alude a un concepto estético, su fortuna se incrementa en el Humanismo y el Renacimiento, a través del desarrollo de la filosofía neoplatónica en sus más ilustres representantes[15], desde teóricos humanistas como Marsilio Ficino a algunos más eclécticos como Giorgio Vasari. Nace entonces el *bello spirito* que no era sólo el hombre sabio conocedor de la verdad, sino todo espíritu inquieto que desease enriquecer su alma con el conocimiento de las cosas, a quien no sólo mueve el impulso de acercarse a lo verdadero, sino a todas las categorías excelsas, incluida la belleza: el pensamiento es fuente de diversión, y de ahí la obligación de razonar con brillantez, de expresar conceptos con bellas frases. Y esto además va a ser una aportación italiana a la formación del concepto moderno de estética en toda Europa[16]. Y del Renacimiento, al Barroco con Giordano Bruno y después al Neoclasicismo de los teóricos del siglo XVIII, y así sucesivamente en la historia italiana hasta quedar bien consolidada su particular forma de acercamiento a la realidad.

Como vemos existe una correspondencia entre una cultura predispuesta hacia la valoración del arte como elemento generador de conocimiento de la realidad y la adjetivación que expresa precisamente estos valores. Los adjetivos son siempre palabras "inteligentes" que demuestran cómo se juzga lo que aparece ante los ojos.

Y del mismo modo también hay una correlación entre nuestra cultura orientada en el otro sentido, en el de la bondad y los adjetivos que la definen que puede rastrearse reconstruyendo también, por así denominarla, su historia espiritual.

En el diccionario de uso de María Moliner se define *bueno* como adjetivo que se aplica a las cosas que, en cualquier aspecto, son como deben ser o como conviene o gusta que

[14] Afortunadamente podemos contar con un instrumento magnífico para rastrear la historia de *bello* en italiano: el LEI, que está todavía en sus primeros volúmenes. Y para el término en castellano, nuestro Corominas Pascual: el Diccionario crítico etimológico de la lengua española. Dice Corominas que el adjetivo es de tradición culta, pues pasa del occitano al castellano en el siglo XIII, seguramente por el prestigio de la lengua literaria. Y este matiz todavía pervive en nuestra lengua: aquí las personas son guapas; las cosas, bonitas; y la vida, buena.

[15] Para estas cuestiones Elio Franzini y Maddalena Mazzocut-Mis en su texto *I nomi dell'estetica* realizan un análisis sistemático de los conceptos clave y de los principales temas de la estética como *arte, bello, genio, gusto, forma, gracia, feo*. El ensayo permite reconstruir de manera diacrónica la génesis y el desarrollo de las teorías estéticas en su relación con la historia del pensamiento. Publicado en Milano: Mondadori, 2003.

[16] Hasta desembocar incluso en las teorías de Martin Heidegger sobre el arte: "lo bello es la apariencia ordenada en la obra de arte. La belleza es una de las maneras como se presenta la verdad". Martin Heidegger, "El origen de la obra de arte", en *Caminos de bosque*. Madrid: Alianza, 1996. Existe también el texto en versión digital: http://www.farq.edu.uy/estructura/servicios_docentes/departamentos_de_ensenanza/dethycs/arqyteo/texto/Heidegger.pdf

Para el concepto de belleza en el Renacimiento puede consultarse la siguiente dirección, pues ofrece datos interesantes y la posibilidad de otros enlaces:
http://www.italica.rai.it/rinascimento/saggi/introduzione_rinascimento/capitoli/f_33.htm

Traducción y Multiculturalidad. GIL GARCÍA, María Teresa. Breve lección de histo...
Centro Virtual Cervantes

sean. Y lo que es como debe ser supone la aceptación de unos principios morales y un compromiso ineludible con lo consabido, con lo que manda la tradición. Ya lo decía Gracián, "lo bueno si breve, dos veces bueno", sin explicar donde residía esta bondad. Quizá en el corazón de los buenos textos, *i bei testi* que diría un italiano. Está claro que lo bueno es tal por contener alguna cualidad que hace a la cosa deseable, apetecible, satisfactoria de ciertas espectativas: "es el amor, cuando es bueno, deseo de lo mejor" cantaba Cervantes en verso octosílabo de romance.

Pero ¿cómo hemos podido llegar a tener este convencimiento moral del que hacemos constante muestra? La estimación, o la repulsa, pues también contamos en nuestra lengua con el antónimo *malo*, ha dado lugar a infinidad de expresiones tan estereotipadas que ya las utilizamos sin razonar mucho sobre el caso. Si se me permite, nuestra historia, la buena, la de la literatura, donde el Quijote aspiraba a vivir, está plagada de proyectos bondadosos que valdría la pena extender a toda la humanidad, por las buenas o por las malas. Y esta manía nuestra de demostrar quién es el peor o el mejor parece que no existe en todas las culturas. La nuestra además se hace cargo de la felicidad de los demás meciéndonos con buenas intenciones y mejores sueños. Para alcanzarla sólo tenemos que demostrar tener limpia la conciencia, tan limpia como aparecería a la vista una *pagina in bella copia.*

Y así termino ya por declarar mi buen deseo de ahorrar palabras recordando que también Cervantes en el *Persiles*, advierte que "no hay razonamiento que, aunque sea bueno, siendo largo lo parezca". Añadiré como conclusión que una rápida lectura de los diccionarios, los históricos o los centrados en el uso actual, nos dan cuenta cumplida de que el adjetivo *bello* en italiano cuenta con tantos matices como *bueno* en español: en ambas lenguas estos adjetivos se aplican a conceptos susceptibles de juicios de valor verificables según un criterio general absoluto aceptado unánimemente por la comunidad, podríamos decir que desde siempre. Son datos culturales.

En español nosotros adjetivamos con *bueno* aquello que lo tiene todo y no le falta de nada, si se me permite parafrasear a uno de nuestros primeros lexicógrafos[17]: *bueno* es en esencia Dios, y en el límite opuesto, hasta la maldad extrema admite este calificativo, cuando *la hacemos buena*, así que nos queda todo un mundo de bondad en el que poder movernos.

Para los italianos lo *bello* es capaz de despertar un sentimiento de admiración al ser cosa que resplandece ante los ojos por gracia, encanto y perfección como reflejo de armónica proporción interior. Así que si en nuestro mundo hispánico hay muchas cosas buenas, en Italia hay muchas cosas bellas: bello es escribir; bellas son las palabras; bellos son los días, las estaciones del año; bello es el mundo, bella la vida entera. Y si un italiano *hic et nunc* tuviera que aplicarse para exaltar lo que estamos haciendo, lo que nos hace amigos, iría derecho al adjetivo *bello,* así tan escueto: "comunicare è bello".

[17] Nos referimos al Diccionario de Covarrubias de 1611, en el reinado de Felipe III, cuando también escribía Cervantes.

Traducción y Multiculturalidad. GIL GARCÍA, María Teresa. Breve lección de histo...
Centro Virtual Cervantes

Referencias Bibliográficas

BASNETT, S., *Translation studies*. Londres-Nueva York: Routledge, 2002.

BATISTA, C., *Bréviaire d'un traducteur*. Paris: Arlea, 2003.

BENSOUSSAN, A., *J'avoue que j'ai trahi*. Paris: Editions l'Harmattan, 2005.

CARO BAROJA, J. , *Fragmentos italianos*. Madrid: Istmo, 1992.

CASALMIGLIA BLANCAFORT, H., y TUSÓN VALLS, A., *Las cosas del decir*. Barcelona: Ariel Lingüística, 1999, pp. 211.

COVARRUBIAS, S., *Tesoro de la lengua española*, 1611 [M. de Riquer (ed.)]. Barcelona: Horta, 1957.

DANTE, A., Divina Commedia, Inferno, Canto XXXIII, v. 80. Edición electrónica: http://www.mediasoft.it/dante/

DEMONTE, V., "El adjetivo: clases y usos. La posición del adjetivo en el sintagma nominal", en el primer volumen de la *Gramática descriptiva de la Lengua Española: Sintaxis básica de las clases de palabras*. Madrid: Espasa Calpe, 1999.

DÍAZ ROJO, J.A., *Lengua, cosmovisión y mentalidad nacional*: http://www.um.es/tonosdigital/znum7/estudios/clengua.html.

ECO, U., *Dire quasi la stessa cosa. Esperienze di traduzione*. Milano: Bompiani, 2003.

FRANZINI, E. y MAZZOCUT-MIS, M., *I nomi dell'estetica*. Milano: Mondadori, 2003. http://www.italica.rai.it/rinascimento/saggi/introduzione_rinascimento/capitoli/f_33.htm

GIL GARCIA, T., "El contenido de los diccionario bilingües de los siglos XVI y XVII", en *Hacia la unidad en la diversidad: Difusión de las lenguas europeas*. Diputación de Salamanca: 2002, pp. 172-182.

HEIDEGGER, M., "El origen de la obra de arte", en *Caminos de bosque*. Madrid: Alianza, 1996. http://www.farq.edu.uy/estructura/servicios_docentes/departamentos_de_ensenanza/dethycs/arqyteo/texto/Heidegger.pdf

MOLINER, M., *Diccionario de uso*, C.D. de la segunda edición en papel. http://www.editorialgredos.com/editorial/GR_Detalle.asp?idProduct=1036

MOYA, V., *La selva de la traducción*. Madrid: Cátedra, 2004.

PEIRCE, C., "¿Qué es un signo ?", en *Traducción castellana de Uxía Rivas (1999)*: http://www.unav.es/gep/Signo.html.

RABASSA, G., *If This Be Treason*. New York: WW. Norton & Co. Ltd., 2005.

RENZI, L., *La Grande Grammatica italiana di consultazione*: v. I, La frase, I sintagmi nominale e preposizionale. Bologna: Il Mulino, 1988, pp. 425-443.

RICO, F., *Los discursos del gusto: Notas sobre clásicos y contemporáneos*. Barcelona: Destino, 2003.

SCHMID, S., *L'italiano degli spagnoli. Interlingue di immigrati nella Svizzera tedesca*. Milano: Franco Angeli, 1994.

STEINER. G., *After Babel: Aspects of Language and Translation*. Oxford University Press, 1998.

WITTGENSTEIN, L., *Investigaciones filosóficas*. Barcelona: Crítica, 1988.

ZAMORA VICENTE A., *Una cuartilla sobre Américo Castro*: http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/12593060880149397421846/p0000001.htm#1

Centro Virtual Cervantes